

RELATOS ESENCIALES
UNA MUESTRA

PRESENTACIÓN

Entre el 22 de junio y el 17 de julio del 2020 (año de la pandemia pero acaso también año de descubrirnos a nosotros mismos) tuvo lugar un taller virtual de escritura creativa titulado «Relatos esenciales». Convocado por la Biblioteca Insular de Gran Canaria, consistió en una breve introducción al cuento literario y se desarrolló a lo largo de cuatro sesiones teóricas con sus correspondientes prácticas, las cuales abordaron los rasgos esenciales del género breve, reparando, de paso, en los aspectos más técnicos de la escritura de diálogos y prestando atención, en una sesión final, a los juegos de estilo y a la hoy popular pero siempre incomprendida variedad del microrrelato.

En tiempos de restricciones, la actividad procuró remedar la dinámica de los talleres presenciales: cada lunes, los talleristas recibían un vídeo y unos textos que constituían el material teórico y contenían siempre una propuesta práctica. Disponían de cuarenta y ocho horas para enviar sus textos, que eran revisados y debatidos a través del correo electrónico. Esta dinámica se complementaba cada viernes con sesiones mediante Skype. Pensadas en principio como meras tutorías de apoyo, acabaron convirtiéndose en verdaderos debates colectivos sobre literatura, hasta el punto de que algún participante acabó denominándolas, humorísticamente, «Sesiones de Pombo».

Desde un punto de vista práctico, las quince personas participantes produjeron en total más de medio centenar de textos. Pero, por la naturaleza virtual del taller, resultó imposible mostrar colectivamente al grupo los textos de cada uno. Por otro lado, un escritor en germen necesita (igual que un escritor ya germinado) de la mirada del otro.

Esta pequeña selección de textos pretende responder a esas dos necesidades: que los talleristas puedan leerse entre sí y que den a leer al público en general algunos de sus trabajos.

En esta antología no están todos los que son: por un lado, algunas personas (por pudor o porque preferían reservar sus cuentos para enviarlos a concursos literarios, los cuales suelen recoger en sus convocatorias que no exista publicación previa) han preferido no participar; por otro, he considerado que no convenía ocupar al lector con todos los textos, pues varios de ellos consistían en simples ejercicios de estilo y algunos eran considerablemente extensos.

Por ello, me he limitado a elegir solo veintiséis textos, entre cuentos y microcuentos. Pienso que esta pequeña muestra basta para mostrar el trabajo realizado por estos hombres y mujeres de todas las edades y orientaciones académicas y profesionales que comenzaron este extraño verano dedicando horas y esfuerzo a la escritura creativa, al cuento literario, a la literatura, a la vida.

Alexis Ravelo

CUENTOS

CEPILLO DENTAL SUAVE FAMILIAR

Himar Quintero

“Cepillo dental suave familiar. 3x2”. Reconozco que lo de “familiar” me tiraba un poco para atrás, pero la oferta era, al menos, para pensársela.

—Compremos tres por si acaso, nunca se sabe —decía mientras sonreía, consciente de los límites de la sorna y de mi paciencia. De todas formas, mi decisión era firme y rotunda: no pensaba tener hijos.

Marcela había depositado hacía años en mi casa (ahora también suya) su ropa; más de la que necesitaría en dos vidas; sus dos copias baratas de cuadros de Andy Warhol; recuerdos de una vida pasada en Londres; su desagradable perrito raza “vaya usted a saber qué” y su olor. Su penetrante olor, adherido desde las primeras noches de escarceos al mobiliario, antaño escaso, regado sin gusto por los mal contados setenta metros cuadrados del piso heredado de mis padres.

Ella había intentado convencerme en más de una ocasión. Sin mucho éxito, todo sea dicho. Frases del tipo: “Pero... ¿Qué más te da?”, “Se me va a pasar el arroz”, “Con las ganas que tienen tus padres de ser abuelos” “¿Te imaginas a una pequeña Marcela correteando por aquí?” habían pasado ya a ser crónica habitual de nuestro diario. Sin mayor trascendencia, a su pesar. No soy yo un tipo de ir cambiando de ideas, tampoco un tipo fácil de llevar. Nada que no supiéramos ambos antes de embarcarnos en esto.

Los días transcurrían sin mucha chicha. Nada reseñable. Más y más de lo mismo entre nosotros. Como amigo de lo cotidiano, nada que objetar. Meses, seguidos muy pronto por años. Ella había cejado en su otrora incansable búsqueda de la preñez. O eso creía yo.

Serían mediados de enero. Viernes. Yo llegaba, como cada quinto día de semana, de aquella manera. No era fácil resistirse a unas risotadas entre amigos regadas con cerveza rubia de media-baja calidad. Eso sí, de comida, *nein*. Marcela lo sabía perfectamente. Había vivido tantas veces esa escena... Tras escuchar mi torpe rasgar de llaves en la puerta, apareció ella, recibéndome en el pasillo de casa, pertrechada con un traje negro que se había regalado a sí misma esas navidades. No sabía cómo podía enfundarse en esa mezcla de gasa, cuero y sutiles transparencias. ¡Y qué poco me importaba!

Una leve corriente de aire transportó convenientemente un olor conocido desde el pequeño comedor hasta mis fosas nasales. Potaje de vigilia. Sabía dónde golpearme. Un croché directo al estómago. Nocaut en el primer round. Sí, sé que a priori no suena demasiado gourmet para una previsible cena romántica, pero, en serio, ¿puede haber algo más romántico y sensual que un bacalao cuidadosamente confitado en aceite de oliva, unos garbanzos perfectamente cocidos, unas sabrosas espinacas, sofrito mediante y, para

coronar, unos huevos cocidos? Si hay un Dios, debía estar nadando en ese caldo místico.

Para cuando me di cuenta, reposaba en la cama con un halo de efluvios etílicos, pescado perfectamente cocinado y el penetrante olor de la piel de mi mujer a mi alrededor.

Hay días en los que me resulta cómico pensar en la inflexibilidad de aquel tipo, mientras la pequeña Marcela corretea por entre mis piernas.

Aún conservo, como recuerdo, el tercer cepillo de dientes.

Hacía largo rato que dormía, desoyendo esa pequeñísima voz que le imploraba, incesante y premonitoria, regresar al amparo de lo conocido. Esa tarde, igual que todas las anteriores, tenía una cita ineludible con un buen trozo de *Valençay*, su queso favorito. Con suerte, podría embelesarse con unos sorbos furtivos del excelente *Haut-Brion* del setenta, que el Barón, indolente, solía dejar sobre la mesa de nogal ennegrecido a medio beber. Se acercó a hurtadillas al comedor, aprovechando el juego de luces y sombras que proporcionaba la inquietante decoración de la mansión. Nada lo había importunado en tiempos pasados: ni el gato persa, ojito derecho de la Baronesa, ni ningún componente del servicio que rellenaba el vacío de aquel gélido lugar. Eligió situarse al amparo de la vieja armadura medieval del S. XIV que, vigilante, presidía el amplio espacio. Allí, silente, relamiendo del bigote los restos del cremoso queso, sintió un taconeo apresurado. Tras él, igual de apresurado, el chirriar de unos zapatos con suela de caucho. Ambos, Baronesa y Barón, se habían adentrado en el comedor. Vociferante, dirigía toda clase de improperios hacia la figura de su esposa que, desdichada, soportaba estoicamente los envites de su cónyuge. Su falta de respuestas, lejos de calmar los ánimos de su esposo, fue el combustible que avivó las ascuas que ardían en sus entrañas. Enajenado, tomó el brillante candelabro de encima de la mesa y, sin darle tiempo a calentarse en su nobiliaria mano, lo alzó y agitó con deshonorosas intenciones. Un dorado fulgor y un sonido seco. Eso es lo último que alcanzó a ver y escuchar el allanador; agazapado, con los músculos atenazados por el horror que, sin saberlo, le había tocado presenciar. Incapaz, dando la callada como respuesta, arrastró su febril cuerpo hacia un pequeño agujero situado en la parte baja de la pared, unos metros más allá. El lugar donde le esperaba, ajeno a estas dramáticas desventuras, el grueso de su prole.

LA VISITA BLANCA

G. Puyana

Acababa de desembarcar en el Puerto de La Luz; iba adormilado, pero en el zaguán se espabiló. Saltó de los brazos de su madre y corrió por el pasillo, rompiendo con un aire de castañuelas el olor a silencio. Cuando llegó a la habitación del fondo a la izquierda, justo antes del patio, sintió que todas las miradas lo frenaban en la puerta. Apoyó su mano izquierda en el quicial y grabó minuciosamente todos los detalles: los colores y las sombras de las paredes, la intensidad de las nubes tras la ventana, la tristeza de los muebles, las figuras oscuras que rodeaban la cama y el cubrecamas blanco que apenas dejaba ver la cara de su abuelo. Sus dos años recién cumplidos le impidieron saber cuánto tiempo estuvo allí, ni qué pasó después.

Aquella escena bulló tranquila, entre recuerdos y sueños, en su cabeza durante años. Y conforme pasaba el tiempo, al contrario que las viejas películas, las imágenes se mostraban más nítidas. Treinta años después, ante la incredulidad de su madre, le describió la escena con minuciosos detalles cuya veracidad nadie podía discutirle.

Y después de otros tantos años vividos, de tiempo jubilado, le volvieron a asaltar los recuerdos, hartos de dar vueltas sin encontrar por dónde salir. Hasta que, de pronto, entendió por qué esas imágenes estaban allí.

Aunque la especulación había acabado hacía tiempo con la casa familiar, vio en su piso el mismo pasillo largo, los mismos colores, la misma ventana y las mismas nubes blancas que no dejan en verano el cielo de Las Palmas. Y empezó a preparar la escena.

Primero tuvo que adaptar el suelo del pasillo, para asegurar el sonido de castañuelas de los zapatos de su nieto al correr hacia su dormitorio.

Después, buscó los muebles tristes, de barniz oscuro, para sustituir sus módulos de sapelli. Le llevó tiempo, pero a través de una tienda de antigüedades de Vegueta lo consiguió.

Luego la cama. Era de tubos niquelados. ¿De dónde sacaría el abuelo una cama de tubos retorcidos y niquelados a principio de los años cincuenta? Pasó más de un año buscando. La encontró, por fin, en el Rastro de Madrid.

Las sábanas con encajes las encontró pronto, pero no daba con la colcha. Tenía que ser de tejido grueso de algodón, con flecos, formando bonitos motivos en relieve. Justo al celebrar su ochenta cumpleaños le llegó desde Guimarães, tras un rebuscado pedido.

Tuvo que pintar la puerta. Después de varios intentos, acertó el pintor con el tono, porque uno de sus recuerdos más vívidos era el momento en que posaba su mano en el quicial verde.

Y pasó meses hasta dar con la lámina del Cristo coronado de espinas que colgaba sobre el cabezal. Y un año hasta completar el juego de cuadros alargados con estampas de flores. Y las cuatro sillas de anea. Y la alfombra turca.

Ha cumplido los noventa y sigue buscando las zapatillas que posaban sobre la alfombra, y la mesita de noche alta, y el plafón del techo, y el cordón del interruptor que se enredaba en el cabezal.

Ya era medianoche cuando salió de la comisaría. Hacía años que no salía de casa y estaba asustada. Mientras caminaba hasta la parada de guaguas oyó pasos y se apresuró.

Al llegar se giró en seco y lanzó la pregunta que frenó al chico que venía detrás. Torpe, se llevó las manos al bolsillo para consultar la hora en el móvil. Eran más de las doce. Y, para relajar el frío ambiente de la noche, añadió que a esa hora ya su vieja estaba durmiendo.

Acostumbrada, no hacía muchos años, a encajar aquellos comentarios de sus alumnos de bachiller, le contestó que sí, que ella también a esa hora ya habría cerrado el libro y apagado la luz de la mesilla de noche.

Lo miró. Podría haber sido uno más de los alumnos de sus últimos cursos: piercing, tatuajes, chándal ancho... Él le cruzó la mirada, extrañado de que una señora, vestida como una profesora de instituto, saliera a esas horas de la comisaría. Antes de que el silencio se hiciera incómodo, él le explicó que lo habían hecho venir a causa de una denuncia de algún chivato.

Llegó la guagua y se hizo un paréntesis en la conversación, que empezaba a ser interesante para ambos. Venía casi vacía, para sorpresa de la mujer, que reconoció que llevaba años sin subirse una guagua.

Calcularon dónde sentarse, ni juntos, ni muy separados. Así que, pegados a la ventana se sentaron uno frente a otra. Y enseguida ella lo animó a continuar la conversación donde la habían dejado.

Pues sí. Unos maderos habían aparecido en la calle cuando él estaba intentando subir a un balcón, frente a su casa. Alguien había denunciado. Por más que les explicó que no, que no tenía intención de mangar nada, no hubo manera. Tocaron en la casa para aclarar el asunto, pero nadie respondía. Le obligaron a que los acompañara a comisaría, y hasta ahora.

Les repitió diez veces lo mismo: solo quería subir a un balcón para ver el teatro de sombras que muchas tardes entreveía desde la ventana de su casa al otro lado de la calle.

Al oír lo del teatro de sombras la mujer se sobresaltó y le preguntó, de sopetón, si se refería a la calle Torres Quevedo.

El joven, más extrañado aún, dijo que sí, que claro, que cómo sabía ella que vivía allí.

Antes de que pudiera imaginar una respuesta, le devolvió la pregunta recriminándole que no hubiera tocado en la puerta. ¡Le parecía tan elemental!

Y mientras el chico le aseguraba que había estado tocando una y otra

vez, a ella vagamente le vino a la memoria aquel cuento de Borges, en el que las puertas no eran para entrar ni salir, sino solo para guardar la soledad.

HELADO DE CHOCOLATE

Ana Lourdes Pérez Cabrera

Sacó un sabroso helado de la nevera y lo puso encima de la mesa. Se fue al baño, tenía ojeras, un día como hoy no podía permitírselo. Era el gran día, el que desde adolescente había soñado, el día que sus padres le anunciaban y del que sus amigos le hablaban con insistencia. ¡Por fin el gran día! Lo celebraría con un helado de chocolate, su favorito. Todo era perfecto, tal y como lo había imaginado.

Cogió su mochila, la revisó comprobando que llevaba todo lo que iba a necesitar para el gran momento. “Sí, está todo”, pensó mientras saboreaba el suave, frío y jugoso helado que se derretía en su cálida boca.

Abrió la puerta dejando tras de sí el recuerdo dulce del chocolate. Abrazando su mochila se dirigió a la parada de la guagua, la guagua que le dejaría en la parada exacta.

Al volver a casa esa noche, reconstruyó paso a paso todos y cada uno de los momentos que había vivido desde aquella mañana, sus palabras, sus gestos, su mirada... Por fin el esperado momento se había hecho realidad, pero nada había sido como esperaba. Abrió la nevera, allí estaba, el helado de chocolate seguía allí, esperándole, lo único del día que siempre merecía la pena, sabroso, jugoso, suave, siempre apetecible.

AGUA

Ana Lourdes Pérez Cabrera

Siempre disfrutó de las tardes de verano bajo la parra. Se cobijaba en su sombra huyendo del calor pegajoso y sofocante. Tomaba un jarro de agua del bernegal, bebía con ansias y cuando apenas quedaba un resto en el fondo se lo echaba por encima de la cabeza, el agua buscaba su camino, se deslizaba entre su pelo refrescando cada centímetro de su cabeza, escapando por detrás de sus orejas, deslizándose por su cuello hasta desaparecer por debajo de su camisa. Era un amante del agua.

La fuente estaba junto a la parra. Se miraba en ella con vanidad, le embriagaba ver su reflejo en el agua. Ella pasó por el camino y lo vio absorto como Narciso en su imagen.

—Morirás ahogado.

¿Acaso alguien le había pedido que predijera su destino? Se apartó precipitadamente del borde de la fuente

La zahorina del pueblo deambulaba como las sombras por el lugar, aparecía y desaparecía con presagios de muerte. Su cuerpo rígido era una sombra que se escondía veloz detrás de las esquinas. Vestida de harapos, impregnaba el aire de miedo y silencio. Las gentes del pueblo la buscaban deseando saber su destino, sin embargo se ocultaban de ella por no querer saberlo.

Maldita mujer, derramó sobre él el último jarro de agua fría que sentiría su cuerpo. Cuando quiso preguntarle ya no estaba, aquellas dos palabras marcarían su destino.

Desde ese día decidió alejarse del agua. Miraba desde lejos los estanques que estaban en medio de las plataneras. Los chicos y las chicas se lanzaban al agua amarrados por una soga para aprender a nadar. Las ranas croaban en la orilla llamándolo, pero él se resistía, aunque hubiera dado cualquier cosa por darse un chapuzón.

El sonido de las cantoneras entonaba una melodía que hipnotizaba como el canto de las sirenas, pero él no la escuchaba.

Dejó de ir a la playa. Renunció a los días de pesca con los amigos, a las largas duchas, a las lágrimas, al húmedo sudor, a mirar a los peces nadar en la fuente que estaba junto a la parra. Renunció a mojar su cabeza con el agua fresca del bernegal a las largas duchas, a las lágrimas, al húmedo sudor.

Se convirtió en un hombre seco. Eligió una vida árida por miedo a morir ahogado.

Aquella noche, mientras dormía, sintió una profunda sed que lo hizo agitarse en la cama, no supo si era real o era un sueño. Caminó por el sendero alejado de la fuente, su boca estaba cada vez más reseca y, cuando ya no podía soportarlo, vio en el suelo la huella de una pisada llena de agua, se agachó ansioso a saciar su sed. La huella se abrió de golpe y cayó hundiéndose en el abismo de su propio sueño, ahogándose en él.

LOS LADRILLOS

Víctor H. Bueno

Para Faggion y Piero

En un pequeño local de una callejuela de Ámsterdam, Faggión y Piero parecían agotados y como el lugar, que estaba en obras, cubiertos de polvo de cemento. Era el principio de los años 60 del siglo pasado, y los dos amigos llevaban casi un año en Holanda, adonde emigraron desde el mismo pueblo italiano, para buscarse un porvenir en la reconstrucción de la Europa de posguerra. Faggión, de más edad y experiencia, le habló a su colega sin mirarlo, como si pensara en voz alta:

—Tenemos que conseguir ladrillos para el mostrador pequeño o se nos va a caducar la licencia de obra y estos putos holandeses nos precintan el local. Es imprescindible la barra para el despacho de las pizzas y para separar al público del horno.

—¿De dónde vamos a sacar los ladrillos? —contestó Piero—. No nos queda un florín... Como no los robemos.

—La policía de aquí es tremenda, si nos detienen otra vez no va a ser tan fácil librarnos. Ya se me ocurrirá algo.

Pasaron unas horas, Faggión, que había salido, regresó bien entrada la noche y despertó a Piero, que dormía en una colchoneta al fondo del local.

—¡Vamos Pierucho! Vamos a buscar el material con la furgoneta que me prestó Salvatore, el que trabaja en el mercado.

—¿Qué material? —dijo Piero, levantándose medio adormilado.

—¡Calla y espabila!

Salieron a la calle y subieron a la furgoneta aparcada cerca del local. Piero no dijo una palabra. Mientras, Faggión condujo con pericia por las mal iluminadas calles de la ciudad durmiente, hasta que se paró junto a lo que parecía un solar en obras. En la acera, había una buena montaña de ladrillos rojos apilados.

—¡Mira, justo lo que necesitamos y sin vigilacia! —dijo Faggión, bajándose de la furgoneta.

—¡Cómo aparezca la pasma, no salimos en dos años! —contestó Piero acobardado.

—Tú espabila y carguemos rápido los ladrillos. Yo me meto en la parte de atrás de la furgoneta para colocarlos bien cuando tú me los vayas trayendo. ¡Vamos, rápido!

Tras mirar a ambos lados de la calle y comprobar que no venía nadie, se pusieron a la tarea. Cuando llevaban más de la mitad de los ladrillos cargados y Piero se disponía a coger una nueva carga, apareció, como de la nada, una pareja de policías. Uno de ellos, acercándose casi gritó en holandés:

—¡Alto! ¿Qué hacen ustedes aquí?

Piero, entre el susto y su casi total desconocimiento del idioma, se quedó paralizado. Hubo unos instantes en que todo estaba como congelado, hasta que el policía insistió:

—¿Qué hacen? ¡Contesten!

Entonces fue cuando Faggión salió de la parte de atrás de la furgoneta cargando con unos ladrillos, pasó entre el policía y Piero, y con alguna parsimonia, los colocó sobre los que quedaban en el montón de la acera. Se sacudió las manos y dirigiéndose al policía le explicó en su holandés chapurreado:

—Buenas noches, señor Agente, verá usted, aquí mi colega y yo estamos montando una pizzería a unas manzanas de aquí. Tenemos la reforma prácticamente terminada y nos sobraron estos ladrillos con los que no sabíamos que hacer. Pasamos por aquí y vimos esta obra, así que como solemos hacer en Italia, decidimos dejárselos en la acera para que los aprovecharan y...

El policía pasó en un instante del estupor a la autosuficiencia de su autoridad:

—¿Pero cómo se les ocurre? ¡Eso no está permitido de ninguna manera! ¡Recojan inmediatamente esos ladrillos y llévenselos de vuelta! Por la mañana, en las oficinas municipales de su distrito les informarán donde depositarlos. ¡Vamos, cárguenlos todos de nuevo en el vehículo! ¡No nos iremos hasta que se los lleven todos!

Y así fue como Faggión y Piero “consiguieron” los ladrillos para la pizzería, con la ayuda de la estricta policía holandesa.

victorbueno.mogan@gmail.com

Víctor H. Bueno

Para Eji

La conocían como “la persona más buena del mundo”. Gregoria Ruano, -Goyita, como la llamaban todos- era servicial, cariñosa, amable, solidaria y una gran costurera. Era muy conocida, no solo por sus trabajos de ropa para particulares y comercios, sino por su labor didáctica en los talleres y cursos que impartía en asociaciones, en colegios y en centros socioculturales de Arguineguín. Este sentimiento de aprecio fue unánime hasta que pasó “lo del puente”.

Goyita, junto a su marido Roberto y su hija Lourdes, habían ido una mañana hasta la ciudad de Las Palmas, pues aprovechando que Roberto tenía revisión en el Hospital Dr. Negrín, quería hacer unas compras de material para sus trabajos de costura. Dejó a Roberto en la sala de espera de su especialista y salió con Lourdes, camino a la parte comercial de la bulliciosa ciudad. Al salir del hospital, bajaron una larga cuesta junto a la circunvalación, hasta llegar a unos puentes donde esta autovía se divide para varias partes de la Isla. Cuando llegaron a uno de los puentes, Goyita se echó a correr y se acercó a un viejo que se alongaba en el pretil del puente con una pierna a cada lado. Ante lo que le pareció un claro intento de suicidio, sin pensarlo, la buena mujer agarró fuertemente al viejo por un brazo y mientras tiraba de él, le increpó angustiada:

—¡No lo haga hombre! ¡No lo haga, todo se puede arreglar!

El viejo, más cabreado que sorprendido por la reacción de Goyita, le gritaba intentado soltarse:

—¡Suélteme, carajo! ¡Que me suelte!

Así seguía la cosa, con una tensión que se mascaba en todo el puente. Lourdes, que se había adelantado unos metros y miraba la escena, se había quedado muda, entre avergonzada y asustada. Unos pocos viandantes se pararon cerca, pero ninguno intervenía. Goyita seguía aferrada al viejo y este intentaba soltarse con brusquedad.

—¡Que me suelte! ¿Está loca o qué?

En ese momento, un hombre joven, con pinta de “mataillo”, rompió el silencio del grupo de espectadores y dirigiéndose a Goyita le gritó:

—¡Suéltelo, señora! ¿No ve qué es un faltón? ¡Deje que se estampe el jodío viejo!

Volvió un silencio expectante. Goyita, aferrada a su presa, miró primero a Lourdes, luego al corrillo de espectadores y por último al viejo. Después, como a cámara lenta, lo soltó.

El viejo, al fin libre, pasó con cuidado la pierna que tenía a la vista a la parte de fuera del pretil, y por lo que parecía, al vacío exterior ¡y se marchó refunfuñando por un caminito que estaba oculto tras el puente!

Tiempo después, en las tiendas, en las asociaciones y en los centros socioculturales de Arguineguín, algunos, sabedores de la historia por la propia Goyita, se preguntaban:

—¿Cómo una mujer tan buena pudo soltar al viejo cuando pensaba que iba a tirarse de un puente?

victorhbueno.mogan@gmail.com

No había amanecido, pero aquel sonido, ya familiar, impidió que volviese a caer en el sueño, que, al fin y al cabo no acababa de cumplir su función reparadora. Se levantó y tras ir al baño se dirigió a la cocina, donde con mano aún caliente de edredón, apartó algunos de los cacharros que se amontonaban en el fregadero convertidos en pequeños lagos domesticados, surcados por unos granos de arroz reblandecido. Abrió el grifo, que cambió su tiptapeo por un chorrear aliviado y llenó la parte inferior de la cafetera de asa quemada y superficie rugosa por la cal y la falta de esmero en su lavado.

Se tomó el café con leche leyendo de manera desapasionada las últimas noticias cuyo hilo no conseguía seguir del todo. Repasó el Facebook, donde ya desconocidos contactos de EGB mostraban las lubinas devoradas durante el fin de semana con vaya usted a saber qué extraño propósito.

Encendió el primer cigarrillo de la mañana y junto con el humo dejó salir un sonoro suspiro que, aunque liberador, no fue suficiente para acabar con la presión que sentía en el pecho.

Tip, tip, tip. Apartó la silla y se sentó ante la enorme pila de exámenes que debía tener corregidos al final de esa semana. Tras años haciéndolo, no dejaba de sorprenderle la impúdica ignorancia que mostraban sus alumnos, aunque no podía evitar que su ingenuidad y sus faltas de ortografía le produjesen una suerte de estremecimiento, a medio camino entre la vergüenza y la ternura.

Tip, tip, tip. Esperando a que acabase de subir el café de la segunda cafetera intentó ajustar de nuevo la pieza parecida a una tuerca gigante del grifo, probablemente con la herramienta inadecuada, ya que de nada sirvió. Otro suspiro. Otro cigarrillo.

El sol agobiante del mediodía penetraba por el balcón iluminando los esqueletos de los potos jamás regados. Otro suspiro.

Tras un par de horas corrigiendo, buscó sin encontrarlas, la ganas de cocinar. Abrió una “ensalada romana” y tras echarle un rayo de aceite y una pizca de sal, se la comió directamente de la bolsa.

Mientras contemplaba absorta las ondas concéntricas que pintaba el goteo sobre a superficie del agua acumulada en un tupperware, oyó sonar el teléfono . Lo cogió. Vodafone. Otra vez. Escuchó con los ojos bajos la retahíla interminable sobre descuentos y gigas mientras dejaba escapar, con un intervalo de un minuto y seis segundos, dos sonoros suspiros. Tras otro rato de perorata, durante la cual ella fue capaz de trasladar toda su atención a la oreja libre (tip, tip, tip), la melosa voz trasatlántica al otro lado de la línea pregunta al fin:

—¿Le interesa esta promoción señora tal...?

La presión del pecho halló una salida subiendo por su la tráquea, y un NO rotundo, gutural y prolongado le raspó el velo del paladar como si fuese gravilla.

Al mismo tiempo, en la cocina, la presión del tremendo reventón de la tubería que daba al fregadero hizo saltar los azulejos por donde el agua, con una aspersión furiosa, salió formando un charco que, colándose a través de las juntas del piso, fue a caer, goteando (tip, tip, tip) sobre la calva del señor Velarde, respetable vecino del 4ºB, quien mirando hacia la enorme mancha que iba creciendo en su techo, suspiró.

La luz volvió cuando sonaban los últimos acordes sintéticos que anunciaban el comienzo de *Te doy mi palabra*. Basilio Vergara sacudió la cabeza saliendo de la modorra que lo había atrapado allá por la mitad del apagón. El viejo y casi sordo Bigotón bostezó en su regazo, clavándole, solo un poquito, las uñas en los muslos.

Basilio respiró aliviado; no entraba en sus planes perderse la *Gran Final*, y menos por culpa de Endesa.

Como cada jueves, hermanó su espíritu con el de Carlos Jáuregui, veterano concursante que, tras dos años en la competición, seguía con la mirada limpia y el aparato fonador, si no fortalecido, al menos intacto.

Ambos sufrieron en la sección de La rima loca, respondieron casi al unísono cada una de las preguntas del Arcaísmo detectado y se sonrojaron por dentro cada vez que la azafata levantaba, pintando una graciosa curva en el aire, el cartel de “CORRECTO”. Tras el providencial rebote que hizo que Carlos Jáuregui pudiese cazar la tercera esdrújula que comenzaba con h, consiguió pasar, dejando atrás a sus cariacontecidos contrincantes, al temido Gran crucigrama final. Sin esfuerzo aparente pero con la frente perlada de sudor, fue acertando, una a una, todas las definiciones. Pero al llegar a la décimosegunda, torció el gesto imperceptiblemente. Cualquiera otro lo hubiese pasado por alto, pero para Basilio Vergara la leve palidez en el rostro de Carlos fue evidente. Noventa y seis programas vividos con pasión lo unían a él más que un parentesco.

—Paso.

A Basilio Vergara le recorrió el espinazo una pánica culebra. Saltó del sillón, dejando caer aparatosamente a Bigotón, que ya había perdido la capacidad de aterrizar a cuatro patas, y corrió a revolver el estante donde la enciclopedia descansaba tras el periplo que la había traído de los pagos interestelares del planeta de Agostini. Mientras tanto, Jáuregui acertaba la trece y todas las que le siguieron, aunque en su voz se percibía el tono gris con que el la definición doce le había pintado el ánimo.

Basilio Vergara, índice lacerado, frufrió de hojas latiéndole en los tímpanos, daba con la respuesta siete segundos antes de que el marcador se pusiese a cero y cuando, acertadas ya todas las definiciones, el presentador, jefe del canal, volvió a repetir “Vertical. Ocho letras. Muñequilla de trapo que, empapada en líquido sirve para humedecer y refrescar la boca y la garganta de los enfermos” se plantó ante el televisor apretando los puños y con media sonrisa en la boca gritó: “¡HISOPILLO!”.

Del otro lado, Carlos Jáuregui miró un instante a la cámara y, voz tambaleante y corazón desbocado, respondió: “¿Hisopillo?”.

En el furor de la victoria y bajo la lluvia de confeti que caía en el plató, nadie se dio cuenta de como, con el entrecejo poblado de sed de venganza, el

presentador pulsaba el botón del mando con el que apuntaba a Basilio Vergara, dejando su salón, de nuevo, en la quietud de la penumbra.

EL ESPEJO

Gladys Cordero

Los rayos de sol relumbraban en el marco dorado. Lo contempló absorta en la belleza de las flores labradas que lanzaban destellos aumentando el contraste con el cristal oculto tras una seda negra. Ninguno de los artículos que había estado examinando en tienda le había llamado la atención, pero aquel espejo era distinto, no podía dejar de admirar la belleza de los labrados, del dorado áureo de aquel marco. La renuencia del dueño a mostrarle aquella pieza semioculta en la tienda, a contestar a sus preguntas acerca del precio, no significaban nada para alguien que ha sido seducido sin explicaciones. Hay objetos que nosotros elegimos para que nos acompañen y hay otros, los menos, que eligen a su dueño, no los poseemos, son ellos los que nos poseen.

Al salir de la tienda con el espejo embalado, las palabras del anterior dueño resonaban en su cabeza: la única condición es que nunca, jamás, descubra el cristal. No deje que nadie se mire en él.

Cumplió. Colgó aquel maravilloso espejo en su galería, con la seda negra cubriendo el cristal. Y de la misma manera que ocurre con todo lo que se desea, satisfecho el instinto, se olvidó de él. Hasta ayer.

Llegaba tarde a aquella reunión, se había entretenido demasiado atendiendo a clientes ignorantes, llenos de dinero, vacíos de conocimientos o interés. Cogió las llaves y apartó la seda negra para atusarse el cabello y retocar el carmín.

No deje que nadie se mire en él, había dicho el hombre. Pero se miró.

Ahora contempla la vida intentando atisbar tras una seda negra, compartiendo espacio con los objetos y personas que posee el espejo, un trofeo más en un marco dorado refulgente.

DIÁLOGO

Gladys Cordero

—La soledad, eso es lo que me da miedo. Pero no un miedo de ese que te hace mirar por encima del hombro, no. Un miedo de esos que te cala los huesos, se te mete dentro y eres incapaz de sentir otra cosa que no sea ese miedo.

—No sé, señora. Yo creo que a lo único que tengo miedo es a que mi viejo me encuentre en un garito con los colegas, cargao de maría... Ahí sí que me cago. Claro que conociendo a mi viejo, igual me lo encuentro con una guarra y ahí sí, bro, le parto la jeta.

—Ya. Yo a tu edad tampoco tenía miedo de nada. Cuando llegas a la mía te das cuenta de que el tiempo se acaba. El tictac del reloj es más rápido, demasiado.

—Qué va, doña, incluso a usted le queda fleje tiempo. Anímese, profe, la vida es crema si no te andas rallando.

—Será, hijo, será. Tal vez tengas razón. Anda, déjame escuchar el ruido ese que llevas en tus cascos que parece que esto va para largo y tu abogado no llega.

—Profe, gracias por venir. No sabía a quién llamar—. El chico le agarró la mano, ella sonrió; por un instante ambos sintieron que habían miedos que podían vencerse.

EL BOSQUECILLO

Néstor de Armas Guerra

Se encontraba escribiendo con su pluma favorita, de madera de cedro y marfil, a la vez que veía las noticias en el televisor. No le estaba prestando mucha atención, más bien la tenía encendida como ruido de fondo para no estar en silencio. De soslayo oyó la palabra suicidio y levantó la cabeza. Entonces, se guardó la pluma y la nota en el bolsillo de la camisa y subió el volumen del televisor. Contaba el reportero que se había encontrado un cuerpo sin vida a los pies del risco de Famara, directamente por debajo del bosquecillo. Se imaginó el cuerpo destrozado por la caída, produciéndole horror, pero también se imaginó el bosquecillo, zona que adoraba y visitaba con frecuencia. Fue entonces cuando recordó que precisamente había ido hacía unos días, y que una vez allí se encontró a un individuo sentada sobre el muro limítrofe del risco. Le extrañó bastante, ya que la persona estaba mirando a la nada y con una capucha puesta. Cuando se iba a marchar pasó por su lado y hubo un cruce de miradas. Recibió una mirada fría, sin luz, sin vida. Le quiso decir algo, pero no se atrevió y se marchó, pero no sin dejar de mirar para detrás con preocupación.

Continúa viendo las noticias y ahora el reportero pasa a la descripción del cadáver. Comienza diciendo que el cuerpo quedó irreconocible, no tiene documentación. Sin embargo, los forenses han descubierto que tiene unos implantes dentales, única manera de resolver el caso. Por último, se ha descubierto entre los restos de la ropa del sujeto una pluma de madera de cedro y marfil, además de una nota.

SE ENREDABA

Cris Verbena

Siempre se enredaba y se rizaba. Cada día le dedicaba tiempo y esmero con el peine de nácar heredado de su madre, de púas finas y suaves que sabían su cometido. Ambiente caldeado, ligeramente húmedo, puertas y ventanas cerradas. Un ritual íntimo pero acompañada, en una pantalla, por música de arpa. Grabaciones de conciertos que rastreaba por internet. Así, cada día, desenredaba y alisaba su vello púbico.

Una tarde, en medio de su ritual de placer repetido y siempre nuevo, echó de menos una mirada. Alguien que admirara su trabajo, ese vello tan hermoso. Fue una grieta que se abrió paso y... TIC. Al volver a su tarea saltó una púa del peine. TAC. Al tratar de continuar. Y TIC. Una tercera púa. Miró el peine desdentado y lo arrojó al suelo. Siguió días de enredo.

Sin placer, las horas se le anudaban.

Hasta que en una de sus búsquedas la vio tocando el arpa. Esa mujer menuda, piel nacarada y dedos finos, hábiles, que parecían saber su cometido.

VÉRTIGO

Cris Verbena

Cogía del suelo las flores recién caídas del jazminero. Las llevaba en la palma de la mano hasta la foto, las dejaba allí y se lo miraba. «¡Qué cabrón!, ¿por qué se metería en política?, ¿me preguntó acaso qué me parecía?, ¡no! Se metió él solito hasta el cuello. Y luego: “mujer, cuida de los niños”. ¡Qué cabrón, qué fácil eso de morirse!».

Bien viva se quedó en medio de la guerra, con un niño en cada mano y una rabia.

El felpudo de su casa pinchaba, la toalla rascaba, las galletas estaban blandas dentro de la caja de latón. Comía grandes cantidades de fruta y carne fresca y puñados de pastillas rosas. Pero empezaba a contar y sus hijos, luego las nietas, quedaban hechizados. Se volvía aguda, afilaba las garras, hacía aparecer paisajes oscuros y fabulosos donde los niños eran comidos o volvían sin nada, famélicos. La bruja quedaba triunfante, su hambre satisfecha. El ogro ganaba palacios y tierras, era coronado rey. Recitaba la poesía más feroz y callaba cuando nadie lo esperaba.

En el silencio perplejo que seguía a sus historias, ella se levantaba con una sonrisa e iba a recoger los jazmines frescos.

Y de pronto llegó el desconcierto, el olvido de cada cosa. Preguntas: “¿de quién es esta casa?, ¿dónde está mi mamá?, ¿va a tardar mucho en volver mi mamá?”. Le temblaban las manos.

Si pasaba bajo el jazminero, se agachaba, como siempre, a recoger las flores. Ponía unas cuantas en la palma de la mano. Con el temblor, caían al suelo. Sacaba la lengua por el esfuerzo, fruncía el ceño, reunía de nuevo unas cuantas flores, temblaba, caían al suelo. Empeño de vieja sola con su rabia. Vértigo puro verla en su gesto inútil una y otra vez.

DISNEA

Jesús Alberto Santana Gutiérrez

Por la mañana, a la hora habitual, me subo en mi bicicleta de carreras y salgo dispuesto a rodar unos cuantos kilómetros. Últimamente este ritual deportivo se ha convertido en una terapia personal. Pero no ese tipo de terapia evidente que cualquiera busca con la práctica de un deporte.

Mis rutas son siempre, premeditadamente, de montaña, de subida, tomando alguna de las carreteras que conectan el noroeste con las medianías y centro de la isla de Gran Canaria. La carretera muy pronto se pone cuesta arriba y el ejercicio demanda un sobreesfuerzo. Inexplicablemente en ese momento empiezo a sentir los primeros efectos de mi terapia y estos van aumentando conforme la pendiente de la carretera y mis pulsaciones se van incrementando. Pero como el efecto de toda terapia, igual que lo hace el colocón de una droga, el efecto de esta también llega a un punto máximo, que coincide con el momento en que siento el mayor grado de disnea que soy capaz de aguantar en el ejercicio. Justo en ese momento en que la disnea alcanza su máxima intensidad, siento ahogo, y siento alivio. Esa sensación de ahogo me conecta con mi padre, aquejado de una enfermedad pulmonar rara, que avanza ahora con paso firme, sin tregua, tras unos años más o menos controlada. La enfermedad no tiene cura. Avanza, como nos dicen los médicos, irremediablemente hacia el final en un breve plazo. Sé que haciendo kilómetros en subida no conseguiré devolverle la salud a mi padre, pero me permite ponerme en su piel por un rato. Y esto me alivia el dolor y la impotencia de verlo empeorar día tras día.

Por eso salgo casi cada día en mi bicicleta a hacer deporte, a buscar subidas, a buscar la disnea, en definitiva, a buscar a mi padre.

IMAGINANDO

Marina Mars

Como todos los días, se miró en el espejo y, como siempre, vio su rostro, su cabello negro, lleno de brillo, largo, que le cubría la mitad de su cara, su piel blanca, sus labios de expresión apagada y sus ojos azules, penetrantes y expectantes. Permaneció un rato observando esa imagen que veía, como si todavía estuviese somnoliento y le costara discernir con claridad. Apartó la mirada, cerró los ojos, los abrió y volvió a mirar hacia el espejo. Como tantas veces, un cierto desconcierto —o desconfianza— lo obligaba a repetir el proceso una y otra vez: observar, cerrar los ojos, abrirlos y volver a observar, de manera mecánica e iterativa. A pesar de los esfuerzos, no lograba distraerse, se sentía aterrado. Abrumado por dicho sentimiento, en lugar de cerrar los ojos y apartar la mirada, se quedó quieto, inmóvil, sin siquiera pestañear, frente al espejo, a la espera de alguna señal, algún detalle o indicio que le permitiera ponerle cara a sus sospechas. Con los ojos bien abiertos y atentos, ahora, decidido y dispuesto, miró el espejo. Vio un rostro cubierto por un largo cabello negro, de ojos azules, sorprendidos y expectantes, que lo miraban con atención, como si estuvieran controlándolo. Ahora fue él quien se sintió observado, limitado, señalado, desfigurado, manipulado y contrariado. Y descubrió su fantasía más temida: era él quien estaba siendo imaginado, era él la imagen en el espejo de aquel rostro que, como siempre, se miraba en el espejo.

MICRORRELATOS

URGE

Himar Quintero

Risa muda harta de que le hagan oídos sordos, busca urgentemente boca que la haga sonar a carcajadas. Abstenerse agelastas e interesados de boquilla.

PREADOLESCENCIA

G. Puyana

En la guagua se negó a ceder su asiento. Tocaba desobedecer, porque rebelarse aún no estaba en su diccionario. Fijó sus ojos en los pies. Ya en su parada se arrepintió, y le explicó con su mirada a la abuelita agarrada a la barra: mire, es que iba junto a un negro.

PAJARRACO

Marisol Ruiz

Estoy en la azotea con mi perro y un aleteo negro me roza la cara. De un manotazo, lo aparto. Tin da un salto y se lo traga. Se queda quieto en el suelo tras vomitar.

Ha muerto.

Examino el vómito y... ¡horror! es un pájaro extraño con el careto de Donald Trump.

El bicho, soltando una carcajada, sale volando.

PIENSA EN MÍ

Blanca Tsvetok

Nunca llegará el día en el que las musarañas se pongan, a la primera, la ropa del derecho.

HIJOS

Tebu Guerra

Aceleré y no volví la vista atrás. Su imagen me acompañó hasta que frené en el primer semáforo. Accioné el limpiaparabrisas y sequé mis ojos. En un acto de amor puro decidí no tener hijos, evitarles así la culpa futura de ejercer el abandono.

PRESENTES

Tebu Guerra

Todos los vecinos del bloque de la esquina Este pensaban igual. En medio de la crispación pronunciaron los mismos insultos, callaron los mismos silencios. Unánimes eligieron el mismo color, si es que el negro se puede considerar un color y la fachada un proyecto de futuro.

UN FINAL EXCELENTE

Gladys Cordero

Le tocó cerrar la última actividad del taller. Sabía que jamás alcanzaría la fama. Decidió que su final sería inolvidable. Atusó su cabello, repasó el carmín y compuso la más espléndida sonrisa. Tomó el papel poniendo el punto final. Falleció dejando sobre la mesa, cómo no, un cadáver exquisito.

GUSTOS CULINARIOS

Néstor de Armas Guerra

Su interés por probar su propia carne se había vuelto ya una completa obsesión.

Menos mal que en nueve meses podría hacerlo.

ANUNCIO

Cris Verbena

Doy clases de latín a domicilio. Profesor nativo.
Razón: Virgilio.